ANTECEDENTES HISTÓRICOS Y CAUSAS DEL CONFLICTO

Agustín Ramón RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
Doctor en Historia Contemporánea
Real Academia de la Historia

LOS años que van de 1871 a 1914 han sido recordados como la *Belle Époque* por muchas y variadas razones. La primera de ellas era que en Europa, entonces cabeza y regidora del mundo, de forma sorprendente no había existido conflicto armado alguno en una larga época de paz con pocos o ningún precedente desde los viejos tiempos de la *Pax Romana*.

Por supuesto, habría que hacer la salvedad de los Balcanes, donde la rápida descomposición del Imperio otomano, el deseo de libertad de sus variadas poblaciones y las presiones de las grandes potencias hicieron de esta una época convulsa. También los conflictos coloniales o neocoloniales, como nuestro 1898, la guerra de Gran Bretaña contra los colonos bóers de Sudáfrica, la intervención multinacional contra los bóxers en China o las guerras entre Japón y China primero y Japón y el Imperio ruso después, que anunciaron el nacimiento de una nueva gran potencia en Asia.

Pero todos esos conflictos (y muchas otras tensiones que no llegaron al enfrentamiento armado) se veían como inevitables, pero relativamente leves, contratiempos en tierras lejanas; la vieja Europa cristiana siguió básicamente en paz durante más de cuarenta años, y todos confiaban en que países maduros, con grandes estadistas y hábiles diplomáticos, serían capaces de resolver con la negociación cualquier conflicto que surgiera entre ellos.

A la paz se unía el evidente progreso económico propiciado por la segunda fase de la Revolución Industrial, con sus modernas tecnologías del acero, de la electricidad y del motor de explosión, sin olvidar grandes adelantos en la industria química, en la textil (primeras fibras artificiales, tintes sintéticos) o en la farmacéutica, por citar algunos de los casos más evidentes. Y el progreso de la ciencia parecía resolver en un futuro próximo los problemas pendientes, desde los descubrimientos de Pasteur a las teorías de Einstein.

Pese a que la cuestión social seguía candente, lo cierto es que los salarios subieron constantemente, y la atención social del Estado se desarrollaba, en parte como medio de mitigar esas tensiones, desde los planes de Bismarck, con la creciente moderación de la socialdemocracia alemana, y su ejemplo se imitó en otros países. Una masiva educación estatal y las nuevas tecnologías y necesidades estaban empezando a reemplazar al trabajador de mono por el de chaqueta y corbata. Los avances en medicina e higiene aseguraban, como nunca antes, una sana y larga existencia. Y nunca antes los pueblos habían gozado de mayor calidad de vida.

A ello se unían los nuevos espectáculos de masas: desde el *boom* del circo a los deportes, desde los teatros de «variedades» al cine, de las verbenas populares a las vacaciones pagadas. Por último, en cultura, el desarrollo era igualmente inmenso, tanto en literatura como en arte, con la rápida sucesión de movimientos como el impresionismo, el *Art Nouveau*, el cubismo, etcétera.

Nada parecía poner en serio peligro a aquella Europa rectora del mundo, alegre y confiada, cada vez más rica y segura de sí misma.

Sin embargo, y dentro de ese cuadro tan sugestivo, no faltaban tensiones, problemas y emociones que la llevarían a una gran tragedia, causas muy variadas y complejas que intentaremos resumir y explicar en las páginas siguientes.

Desequilibrios y cambios económicos

Si bien en general los salarios habían crecido mientras que los precios bajaban, con el consiguiente incremento del bienestar general, los beneficios empresariales habían sufrido un constante declinar.

La causa fundamental era que el modelo de la primera fase de la Revolución Industrial, basado en el textil, el hierro, el carbón y el vapor, se estaba agotando por exceso de oferta: todos los países europeos se habían industrializado en mayor o menor grado, la competencia era mucha y la demanda no crecía paralelamente. Justamente por esas razones fueron necesarios los cambios tecnológicos de la segunda fase que ya hemos mencionado. Pero aquello precisaba de nuevo grandes inversiones por parte de las empresas.

De forma casi inevitable, los países europeos habían virado al proteccionismo para defender la producción nacional de la competencia extranjera, reservándose en lo posible el mercado nacional. Pero el proteccionismo, tan popular en ocasiones, tiene en sí graves males: encarece los productos, adormece la sana competencia entre empresas que se sienten ya suficientemente respaldadas, favorece la política de sustitución de importaciones por ruinosa que sea, etcétera.

Otro efecto es que termina enfrentando entre sí a los países que mantienen relaciones comerciales. Por supuesto, tales males se intentaban resolver

mediante la negociación de tratados bilaterales de comercio y amistad, pero en la época el regateo podía ser tan duro como largo, lleno de complicaciones y rara vez se veían satisfechos los deseos y necesidades de unos y de otros. La nueva prensa popular criticaba duramente las iniciativas del otro país y, como estas dañaban a algunos sectores del propio, era normal que se crearan o reabrieran viejas heridas, alimentadas por el ferviente nacionalismo de la época.

La solución más fácil consistía en conseguir nuevos mercados en ultramar, exactamente mercados coloniales, exacerbándose la competencia entre los países por conseguir territorios a los que imponer el consumo de excedentes (especialmente de entre los más obsoletos y menos competitivos) y favorecer la exportación de capitales, como el ferrocarril, ya poco rentable en Europa.

El Imperio británico poseía vastos y ricos espacios coloniales y, aunque menos rentables, también la República Francesa; sin embargo, el Imperio alemán o el Reino de Italia llegaron tarde a ese reparto colonial, no dejando de reclamar en todos los tonos «un lugar al sol». Tras el «reparto de África» en la Conferencia de Berlín y algunos reajustes, como nuestro 98, pocos lugares quedaban ya para los nuevos aspirantes.

La cuestión se hacía más dolorosa por cuanto muchos europeos de países con pocas o ninguna colonia se veían impulsados a la emigración a otros países, y con razón alemanes e italianos se quejaban de la pérdida de esos recursos humanos, dirigidos fundamentalmente a América.

Se ha hablado mucho de las reivindicaciones alemanas pero, con ser ciertas y las más duras, no eran las únicas: el Reino de Italia tardó mucho en perdonar a Francia que le arrebatara Túnez, espacio al que creían tener un derecho especial; Gran Bretaña y Francia, siguiendo su tradicional competencia colonial, estuvieron al borde de la guerra en 1898 por la posesión del Sudán, en la conocida Crisis de Fachoda. De modo mucho más frustrante, por no ser un rival y sí un aliado de siglos, Portugal vio impedida la unión de sus territorios de Angola y Mozambique en la entonces llamada Rodesia, por el Ultimátum británico de 1890, que sumió al país hermano en una profunda crisis y sentenció el régimen monárquico, al que se responsabilizó del agravio.

Unamos a todo ello nuestro propio 1898 en favor de Estados Unidos y Alemania (que consiguió al fin sus ansiadas Carolinas), la guerra anglo-bóer y muchas otras cuestiones que alteraron la pacífica convivencia en aquella época. Y cabe destacar que la intervención multinacional en China, con motivo de la guerra de los bóxers, no acabó en un reparto del gran país entre las potencias, justamente por falta de acuerdo entre ellas, aunque cada uno se guardó muy bien de retener o ampliar sus «concesiones territoriales» en diversos puntos de la costa. Aquello no hizo sino agravar la rivalidad entre el Imperio ruso y Japón, que terminó enfrentándoles en 1904-5.

En realidad, y como señalara hace mucho el profesor Pabón y recordara y profundizara Jover Zamora, estas crisis se sucedieron en un clima de «redistri-

bución colonial» donde, faltos ya de nuevos espacios, los fuertes se imponían sobre los débiles con las cínicas razones de que «la fuerza es el derecho».

Otras potencias, especialmente los viejos imperios —como el otomano, el austro-húngaro y, en menor medida, el ruso—, no tenían esas aspiraciones coloniales, pero se veían enfrentados en el terreno económico con la urgente necesidad de una modernización de sus economías, aunque solo fuera por obviar sus problemas internos y de integración de territorios muy dispares y para aumentar su potencial militar, útil tanto para mantener el orden dentro de sus fronteras como para salvaguardar distantes posesiones de las apetencias de otras potencias.

Así, los otomanos se acercaron a Alemania y Austria-Hungría por el proyecto del ferrocarril Berlín-Bagdad; los rusos se vieron necesitados de capitales anglo-franceses para su propio desarrollo industrial, y Austria-Hungría se unió más a la potente y rica Alemania, buscando un muy necesario apoyo para la grande pero frágil doble monarquía.

Nuevas y viejas potencias industriales

Para complicar más las cosas, de un lado estaba cambiando decisivamente el balance de poder económico entre las principales potencias, con algunas en claro y rápido ascenso y otras en relativo descenso; y de otro, se producía la aparición en el escenario de potencias extraeuropeas por primera vez en siglos: especialmente los Estados Unidos y, en menor medida y a escala local, Japón.

Sirva de referencia la producción mundial de acero, índice fundamental de la época, y sus cambios a lo largo de los años previos a la Gran Guerra (gráfico página siguiente). De un somero examen de las cifras del cuadro se extrae la sorprendente noticia de que Gran Bretaña, la gran protagonista y pionera de la primera fase de la Revolución Industrial, había retrocedido, ya en 1900, a la tercera plaza mundial, con unos Estados Unidos que duplicaban su producción y una Alemania que los superaba ampliamente. Y como vemos, con los años Estados Unidos llegó a cuadruplicar la producción británica y Alemania a casi triplicarla.

Es bien cierto que el Reino Unido seguía siendo, con mucho, la primera potencia colonial, comercial, financiera y de seguros, lo que atenuaba ese patente declive, pero no deja de ser significativo ese retroceso relativo.

Tal vez estos datos prueban que la decisión británica por los nuevos *dreadnoughts* y aceptar la «carrera naval» con Alemania supuso al todavía orgulloso Imperio un precio mucho más alto de lo que generalmente se cree. Claro que Gran Bretaña jugaba, entre otras, con la ventaja de su pequeño ejército profesional, que absorbía muchísimos menos recursos que el enorme ejército de masas alemán. Pero esos «atajos» se pagan, y duramente, pues los

Países	**Años**		
	1900	**1910**	**1913**
Estados Unidos	10,3	26,5	31,8
Gran Bretaña	5,0	6,5	7,7
Alemania	6,3	13,6	17,6
Francia	1,5	3,4	4,6
Austria-Hungría	1,5	2,1	2,6
Rusia	2,2	3,5	4,8
Japón	—	0,16	0,25
Italia	0,11	0,73	0,93

(En millones de toneladas de acero), KENNEDY, Paul: *Auge y caída de las grandes potencias*. Plaza y Janés, Barcelona, 1989, p. 259.

británicos tuvieron que crear un ejército de masas en plena guerra para apoyar a los desfallecidos franceses, pero con un esfuerzo mucho mayor del esperado de haber tenido más previsión. Por no hablar de los efectos disuasorios sobre sus posibles enemigos.

Vemos también de las cifras reseñadas el espectacular crecimiento de la producción de acero en aquellos trece años, con el esfuerzo de Francia, que triplica su producción, y Rusia, que la dobla, siendo mucho menos relevantes las cifras del resto de las potencias.

Pero el hecho fundamental es que Alemania, en vísperas de la guerra, superaba ligeramente la producción de sus tres principales enemigos juntos —británicos, rusos y franceses— y, contando con el nada desdeñable apoyo de Austria-Hungría, la superioridad se hacía ya evidente.

También resulta notorio el espectacular «despegue» de Estados Unidos y su papel decisivo al inclinar la balanza de la contienda, siendo el primer productor mundial en 1900 y más que triplicando sus cifras en aquellos trece años.

La producción de acero no era más, obviamente, que parte de la cuestión, pero en otras igualmente importantes, Alemania tenía la primacía europea: el lenguaje científico entonces por excelencia no era el inglés, sino el alemán, y entre otras muchas, tenía la vanguardia en la industria química (explosivos y primeros materiales sintéticos), en la eléctrica y de telecomunicaciones, y una

muy asentada tradición y desarrollo de los motores de explosión —al fin y al cabo inventados por Benz y Diesel—, la óptica, los dirigibles, y esto por citar solo algunos aspectos.

Los productos *made in Germany* tenían un prestigio mundial y hacían duramente la competencia a los de otras potencias, pero su expansión estaba limitada seriamente por tres factores: el proteccionismo general, que dificultaba las exportaciones; la falta de colonias importantes, aunque crecientes, que eran territorios poco ricos por lo general y muy aislados y distantes de la metrópolis y unos de otros; la carencia de algunas de las nuevas materias primas, no el carbón y el hierro, pero sí el petróleo y el caucho, por ejemplo, y la dependencia del exterior en alimentos.

Así se explican sus crecientes intereses navales y el espectacular crecimiento de su Marina Mercante, con sus más de tres millones de toneladas, a gran distancia de los doce de la hegemónica británica, pero con un tonelaje superior a la suma de franceses y rusos, que apenas superaban conjuntamente el millón y medio.

A veces se dice que Alemania pecó de impaciente, y que, dada su fortaleza y potencialidades, de haber seguido por la senda de la paz hubiera obtenido un triunfo mayor y más completo, tal vez en veinte años y posiblemente sin haber recurrido a las armas. Pero eso es una hipótesis que, como todas ellas, resulta de imposible verificación.

Nacionalismo y darwinismo social

Curiosamente, en la Europa de comienzos de siglo, se aunaban el cosmopolitismo y el más rampante nacionalismo. Los nuevos medios de comunicación y la plenitud del tren, con los grandes expresos europeos, hacían que los productos culturales no conocieran fronteras: todo el mundo valoraba y conocía las letras francesas y su pintura, la filosofía y la ciencia alemanas, la novelística y el *ballet* rusos, los deportes británicos y sus relatos de detectives. Pero, y al mismo tiempo, todo el mundo podía identificar sin género de dudas su país de procedencia: nadie dudaba de dónde eran Wagner, Verdi, Chaikovski o Chopin. Y cualquier persona culta se desenvolvía en un segundo idioma: el francés preferentemente en la Europa continental, dejando el inglés para el comercio y el alemán para la ciencia.

Sin embargo, era también una época de ferviente nacionalismo, surgido de las revoluciones liberales, especialmente de la francesa, y a menudo como respuesta al imperialismo napoleónico; el nacionalismo había recibido un enorme refuerzo durante el Romanticismo, con expresiones desde la poesía a la novela, de la historia al arte.

Era también, todo hay que decirlo, un muy eficaz modo de unir los muy diferentes y complejos elementos de sociedades ante los profundos cambios

del siglo XIX. La religión había perdido buena parte de su papel aglutinador, lo mismo que los monarcas o las desaparecidas aristocracias feudales, corporaciones gremiales o municipales. Y era también una expresión de las ideas democráticas de igualdad entre los ciudadanos en todos los países europeos, tuvieran o no plenamente instituciones democráticas.

Se puede alegar que la izquierda obrera, socialistas y anarquistas, eran declaradamente internacionalistas y pacifistas (salvo que se tratara de una revolución social, naturalmente), pero la fuerza avasalladora del nacionalismo hizo que, excepto algunas personalidades y grupos muy radicales, ninguno se opusiera a la guerra cuando esta fue un hecho: los partidos socialistas más importantes de Europa, el alemán y el francés, votaron sin problemas los presupuestos de guerra.

Pero si el nacionalismo era un factor aglutinador en algunos países, en otros significaba justamente lo contrario, especialmente en el Imperio austrohúngaro (con católicos, ortodoxos, judíos, protestantes y musulmanes) y en el todavía más extenso y variado Imperio otomano, en franca decadencia y descomposición, especialmente en los Balcanes y su complejísima etnografía, sin verdaderas fronteras, y en donde pueblos de religión, idioma y alfabeto, costumbres y cultura se entremezclaban por doquier.

Y justamente, como es bien sabido, ahí tuvo lugar el chispazo que dio inicio a la Gran Guerra tras las dos sucesivas Guerras Balcánicas: la primera, de todos aquellos pequeños países y regiones contra los dominadores otomanos, y la segunda entre los victoriosos europeos balcánicos por el botín conseguido y por fronteras más amplias para cada cual.

Todo aquello no hubiera tenido mayor importancia para el equilibrio mundial de no ser por los intereses e injerencias de potencias mayores en el área. Rusia había crecido a costa del Imperio otomano, y esperaba su oportunidad para hacerse con Constantinopla (Estambul) y salir así al Mediterráneo. Pero había otros factores: el zar (césar, en ruso) se consideraba heredero y continuador de Bizancio, de donde habían recibido su cultura, su religión y su alfabeto; era pues lógico que detestara a los milenarios invasores turcos. De igual modo, quiso convertirse en el protector de los eslavos y ortodoxos de los Balcanes, papel que había ejercido durante todo el siglo XIX con mayor o peor fortuna, pero con efectos determinantes.

Esos deseos llevaban chocando al menos desde la Guerra de Crimea (1854-56) con la clara negativa de Gran Bretaña y Francia a la expansión rusa. Es cierto que la postura francesa había variado desde 1890, al tener la desesperada necesidad de un aliado contra Alemania, pero Gran Bretaña seguía firme en su tradicional postura, enfrentada además a los rusos tanto en Asia continental como en Extremo Oriente.

Pero Rusia tenía enemigos en los Balcanes aún más decididos: el emperador de Austria-Hungría (el césar de nuevo, káiser en alemán) no podía tolerar las injerencias rusas en aquellos territorios, contando con muchos eslavos dentro de las fronteras del Imperio, por lo que una victoria del paneslavismo

allí socavaría la unidad del heredero del Sacro Imperio. A este se unía el káiser alemán, en parte por apoyar a su aliado y en parte por su propia animadversión al paneslavismo, opuesto a su propio pangermanismo.

Porque, finalmente, el nacionalismo estaba reforzándose y adquiriendo perfiles siniestros con el llamado «darwinismo social». Desarrollado y divulgado por Herbert Spencer, el nuevo pensamiento aplicaba las teorías de Darwin a la especie humana: los distintos pueblos y culturas eran como especies animales que competían por los recursos y el espacio, y solo el triunfo en la lucha aseguraba la supervivencia de los más aptos.

Estaban entonces muy en boga las teorías poligenistas, que atribuían el origen de las distintas razas y pueblos a homínidos muy distintos, y por tanto, de aptitudes igualmente incomparables. No es que fuera algo muy distinto de las anteriores teorías racistas del francés Gobineau, que dividía a su nación entre los señores, descendientes de los francos, y la plebe, de origen galo y romano, o de la supuesta superioridad anglosajona sobre los célticos irlandeses, por citar solo algunos casos; pero ahora todo aquello parecía refrendado por la ciencia y su inmensa autoridad, que convenció incluso a los más avanzados y democráticos. Por supuesto que también servía admirablemente para justificar el colonialismo sobre pueblos no europeos, como subrayaba el mismo Kipling en su poema *The white man burden*.

Pero, dejando a un lado a los pueblos extraeuropeos, la cuestión estaba en saber quiénes encarnaban a los obsoletos dinosaurios y quiénes a los triunfantes mamíferos, y naturalmente, cada país se consideraba con dotes para el papel director.

Esa idea estaba tan extendida que incluso el primer ministro británico, Lord Salisbury, tuvo la desfachatez de enunciarla en su famoso discurso del 4 de mayo de 1898, en plena guerra entre Estados Unidos y España, conocido como *Dying Nations Speech*. En su alocución, que tuvo enormes repercusiones mundiales, Salisbury clasificaba a las naciones en «vivas» y en «moribundas»: las primeras, activas y creadoras; las segundas, por ilustre que hubiera sido su pasado, decadentes e ineptas en todos los sentidos. Y por supuesto, era una «ley de la naturaleza» que las vivas y progresivas se impusieran sobre las pasivas e ineficaces. Al fin y al cabo, provocar su muerte con la violencia, la dominación y la aculturación no era más que acelerar un proceso irreversible y hasta deseable.

Salisbury tuvo la precaución de no indicar cuáles entraban en una u otra categoría, pues ahí estaba realmente el nudo del problema. Por supuesto, los triunfantes británicos victorianos se consideraban como la principal nación «viva», y también los emergentes alemanes, incluso con mayor énfasis por su relativo retraso en la unificación nacional y llegada al éxito. Pero otros pueblos presumían de otras virtudes: los franceses, creyéndose el centro de la cultura y de la creación artística, de la democracia y de los derechos humanos, y los rusos, desdeñando la riqueza material y las nuevas ideas, postulán-

dose como defensores de los valores tradicionales y religiosos. Claro está que nadie podía permitirse perder en aquella competición, y que aquello tuvo consecuencias terribles, por no hablar de las que heredó la siguiente generación. Pero conviene recordar que ya estaban muy presentes en la Europa de 1914, aunque todavía no se llegase a los horrores de la Segunda Guerra Mundial.

Las alianzas y la «Paz Armada»

Es bien sabido que el canciller alemán Otto von Bismarck, tras su rutilante triunfo en 1871, emergió como el auténtico árbitro de Europa, siendo el protagonista de la política exterior y creador de los sucesivos sistemas de alianzas que han venido en llamarse Sistemas Bismarckianos.

Lo cierto es que el canciller alemán se daba por satisfecho con lo logrado y deseaba más la estabilidad y la paz para consolidar su triunfo que cualquier otra expansión, ni en Europa ni en ultramar. Y en su profundo realismo, logró en buena medida sus propósitos.

Dejando de lado los dos primeros sistemas, nos centraremos en el tercero, conformado plenamente en 1887, que supone su mayor y último éxito.

Entre sus propósitos estaba el de apoyar al declinante Imperio austro-húngaro, alianza que pervivió a todos los avatares, pero sin relegar a Rusia, cuya rivalidad con los Habsburgo ya hemos señalado, tanto por los Balcanes como por las imprecisas fronteras étnicas de ambos imperios. Como la tensión creciese con el tiempo, ya no le fue posible concertar una nueva *Dreikaiserbund* o «Liga de los Tres Emperadores», pero al menos conservó los lazos con Rusia por medio del Tratado de Reaseguro, ofreciéndola una cierta tranquilidad. El motivo más claro era aislar a Francia, siempre partidaria de tomarse la *revanche* después de la humillante derrota de 1870-71 y de la amputación de Alsacia y Lorena. También es cierto que Bismarck animó en lo que pudo a los franceses a empresas coloniales que la distrajesen de las contiendas europeas.

Como ya hemos visto, Italia no perdonaba a Francia que le hubiera arrebatado Túnez, y aún menos que se hubiera cobrado con territorios italianos su decisiva ayuda en las guerras por la unidad italiana, así como por el apoyo de Napoléon III al papa. Y justamente fue el triunfo alemán sobre Francia el que había permitido finalmente a Italia anexionarse los Estados Pontificios. Claro que el enemigo tradicional de la nueva Italia unificada había sido notoriamente el Imperio austro-húngaro, y el nacionalismo italiano reclamaba territorios en el Tirol, más allá del Véneto y en la costa dálmata. Aquel era ciertamente el punto débil de la alianza.

En cuanto a Gran Bretaña, que seguía con su tradicional rivalidad con Francia en el terreno naval y colonial, no pudo sino ver con buenos ojos ese

equilibrio europeo y ese aislamiento de su enemigo, que muy poco realistamente había conseguido enemistarse con dos potencias del calibre de los imperios británico y alemán. Gran Bretaña incluso llegó a participar de algún modo en el sistema de Bismarck, con los acuerdos sobre el *statu quo* del Mediterráneo, en los que también entró la propia España por un acuerdo con Italia el mismo 1887.

Pero el nuevo káiser Guillermo II tenía ideas muy distintas de las del viejo canciller, a quien envió al retiro en cuanto pudo. En 1890 finalizaba la vigencia del Tratado de Reaseguro con Rusia, y no lo prorrogó ni renegoció. Estaba dispuesto a una política más activa, con mayores intereses en ultramar, a la que llamó *Weltpolitik*, para competir con todos en los términos más duros, exigiendo un «lugar al sol». Aquello no hizo sino acercar a las dos potencias excluidas, Francia y el Imperio ruso, pese a los caracteres tan distintos de sus regímenes políticos: una república bastante radical, de un lado, y del otro, el que era seguramente el régimen más conservador de Europa hasta llegar a lo reaccionario. Pero la necesidad obligaba a ambos, y la amistad, alimentada con continuas y recíprocas visitas de ambas escuadras, se fue cimentando hasta llegar a la alianza formal de 1893.

Así tenemos ya dos bloques enfrentados claramente: la Triple Alianza de Alemania, Austria-Hungría e Italia, con el apoyo de Gran Bretaña (enfrentada en los mares y en Asia con Francia y Rusia), y la Alianza franco-rusa.

Por otro lado, el Imperio británico, consciente de que su anterior *Splendid Isolation* ya no se podía mantener ante la emergencia del nuevo poder alemán, especialmente con su flota, empezó a hacer movimientos cada vez más notorios en busca de apoyo. Con los Estados Unidos, tras la crisis de Venezuela y ante la insurrección de Cuba, concluyó en que bien podían encargarse de la seguridad de las aguas del continente americano, y en Extremo Oriente, el nuevo amigo fue Japón, a cuya expansión naval había contribuido decisivamente para que sirviera de efectivo freno a los rusos.

Aquello simplificaba en gran manera las tareas de la Royal Navy, que podría concentrarse en las más decisivas aguas europeas. Pero dio un paso más: los acuerdos de la Entente con Francia, en principio limitados a un reparto de esferas de influencias en África del Norte, dejando Egipto en manos británicas, y Túnez, Argelia y la mayor parte de Marruecos en las francesas, dando una compensación a España.

Incluso se tentó a Italia ofreciéndole Libia, que serviría así de territorio tapón entre los dominios ingleses y franceses. Italia no lo dudó, declaró la guerra al Imperio otomano y se apoderó en una breve campaña de Libia y, de paso, del estratégico archipiélago del Dodecaneso. Los frutos no tardaron en recogerse, especialmente por la fama de veleidosa y oportunista de la política exterior italiana de entonces, enfriándose sus relaciones con la Triple Alianza.

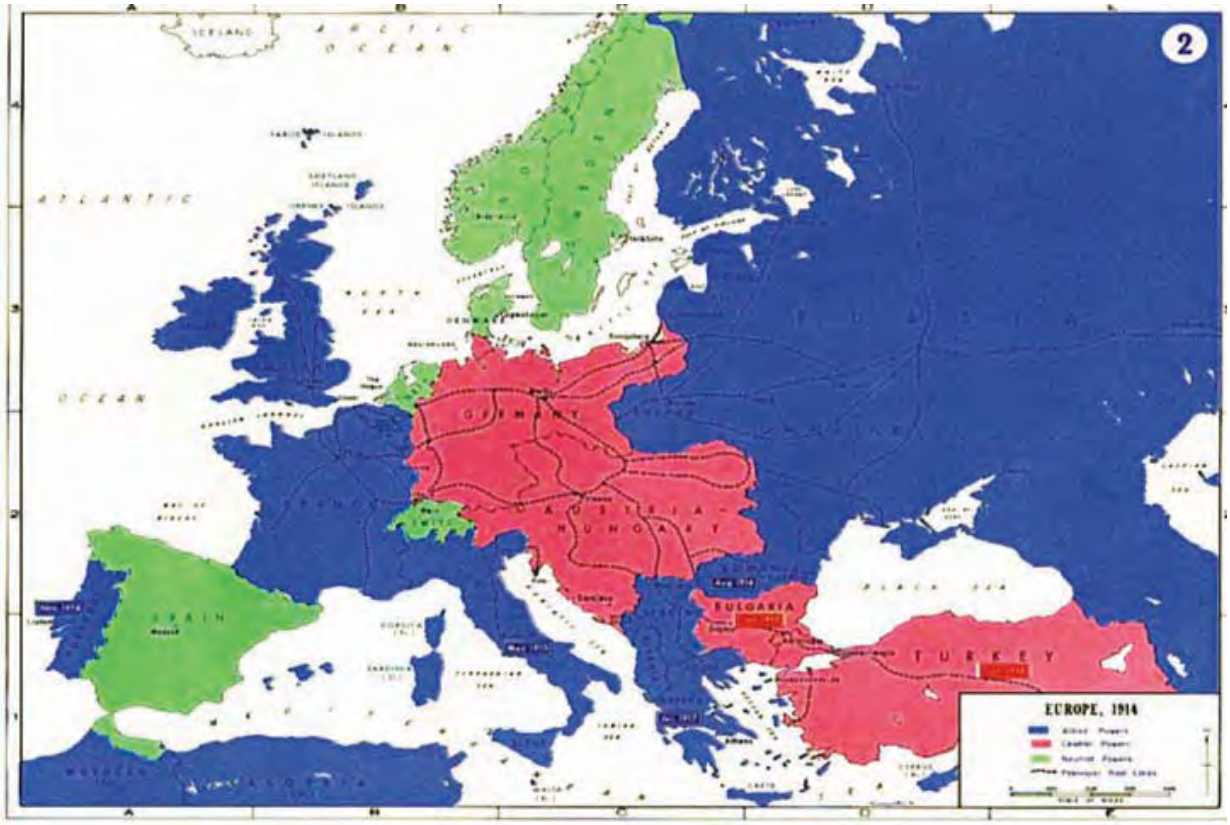
La Entente, sin llegar a ser en modo alguno una alianza formal, permitió borrar antiguas rivalidades anglo-francesas y buscar una cooperación militar y

naval frente al ascenso del poder alemán. Ya hemos hablado del alivio de responsabilidades para la Royal Navy que supuso la amistad con los Estados Unidos y el Tratado de Portsmouth con Japón. Ahora se pudo convencer a los franceses para que enviaran su escuadra al Mediterráneo, con la que bastaría para hacer frente a la eficiente pero pequeña flota austriaca, y a la francamente deficiente otomana. Italia parecía muy remisa a intervenir, y si acaso los franceses necesitaban alguna ayuda, para eso la Entente se había aproximado a España y posibilitado el plan de escuadra de Ferrándiz.

Con aquella última delegación, la Royal Navy podría concentrarse en el mar del Norte, en su nueva base de Scapa Flow, contra su principal enemigo: la Flota de Alta Mar alemana.

Un nuevo paso se dio en 1907, al firmar los imperios ruso y británico un acuerdo sobre Persia, con lo que, y pese a las reticencias de ambos, la Entente se convirtió en Triple Entente. Y aunque Gran Bretaña quiso seguir conciliándose con Alemania, tales intentos nunca consiguieron un verdadero acercamiento.

Por su parte, el Imperio otomano, tras el desastre de la Primera Guerra Balcánica y su aplastante derrota ante Italia, seducido por el proyecto del ferrocarril Berlín-Bagdad, enfrentado tradicionalmente con Rusia, y ahora en especial en el Cáucaso, derivó pronto hacia el eje Berlín-Viena, buscando resarcirse de sus humillaciones.



En la época, y mientras se producían todos estos cambios, no faltaron las crisis que amenazaban con conducir al enfrentamiento, que no podemos detallar aquí. Pero sí recordar que los pueblos, muchas veces atemorizados por rumores de una inminente guerra, se acostumbraron a que, finalmente, los problemas encontraban una solución diplomática más o menos satisfactoria y todo volvía a la normalidad. Un buen ejemplo fueron las crisis marroquíes, cuando Alemania protestó enérgicamente por verse excluida del acuerdo de la Entente sobre Marruecos, primero en 1905, lo que llevó a la famosa Conferencia de Algeciras, y después en 1911, resuelta con concesiones francesas en otros territorios coloniales menos estratégicos. Aún más duras fueron las derivadas del conflicto de los Balcanes; y la última fue la espoleta que hizo estallar la contienda, como es bien sabido.

Aunque se hablara a menudo del «concierto europeo», que no dejaría que las cosas se desbordasen, lo cierto es que se trataba más de un deseo que de una realidad. Por otra parte, las alianzas —y recordemos que la Entente no lo era, aunque sí la franco-rusa— eran documentos bastante complejos, en principio de carácter defensivo pero con numerosas salvaguardas, y en ocasiones hasta ambiguos. Cabe recordar que su validez, según el mismo Bisnmarck, era *sic rebus stantibus*, es decir, mientras las cosas permanecieran estables, con lo que se admitía un sorprendente grado de interpretación por cada país firmante de hasta dónde podía llegar en su apoyo a sus aliados, o si podía ignorar sus obligaciones considerando que las circunstancias habían variado.

Tal vez lo peor es que, aunque conocidas por todos, pues evidentemente se pretendía disuadir al posible enemigo, su contenido concreto era desconocido (algo propio de la «diplomacia secreta» de la época), lo que complicaba aún más las cosas en una crisis, pues todo el mundo temía lo peor y se preparaba a su vez para ello.

Por último, la época era de una auténtica carrera de armamentos, en tierra y en los mares, según las nuevas tecnologías iban ofreciendo nuevos, formidables y caros armamentos. Y ninguna potencia quería quedarse atrás, tanto por motivos militares como de prestigio.

Imitando el modelo alemán, que tan buenos resultados diera en 1870, todas las potencias (salvo el caso ya mencionado británico) crearon grandes ejércitos de masas, constituidos por todos los varones útiles. Si en las guerras napoleónicas se movilizaron ejércitos de centenares de miles de hombres, algo nunca visto hasta entonces, ahora eran millones, utilizando a los reservistas. La tarea era formidable: encuadrar, entrenar, equipar y armar a aquellas masas humanas, organizarlas y conducirlas por medio de complejos planes ferroviarios a las fronteras con el previsto enemigo y abastecerlas de todo lo necesario, evidentemente. Con frecuencia los planes eran de tal dificultad que los estados mayores apenas podían prestar atención a los aspectos estratégicos y tácticos, que quedaron relegados.

Además, el complicado mecanismo era bastante inflexible, cualquier alteración sobre los minuciosos planes podía convertir todo en un desastre logístico, con lo que una movilización parcial dirigida a impresionar a un solo enemigo era absolutamente imposible, so pena de malbaratar una futura movilización general posterior. Para los políticos y diplomáticos fue toda una desagradable sorpresa el carácter tan rígido de ese mecanismo de presión.

En los mares, ya hemos visto cómo los británicos se aseguraron apoyos para poder concentrar la mayor parte de su escuadra —la mejor, más potente y moderna— en el mar del Norte frente a la amenaza de la Flota de Alta Mar alemana. Todos los demás escenarios eran bastante secundarios respecto a ese frente vital.

Era una medida muy realista y acorde con la relativa decadencia naval e industrial británica, que ya no podía continuar con la estrategia anterior del *Two Powers Standart*, es decir que la Royal Navy superara incluso la suma de los dos mayores poderes navales extranjeros.

Pero en la cuestión puramente técnica, los británicos fueron mucho más temerarios al adoptar los nuevos *Dreadnoughts* que dejaban obsoletos por completo a los acorazados anteriores, que se convertían en poco menos que *five minutes ships*. Al reiniciar la ya evidente «carrera naval» con Alemania desde prácticamente cero, los británicos arrojaban por la borda toda su superioridad de partida, que les daba una ventaja incontestable y reducía su ventaja anterior con sus adversarios.

También es cierto que la apuesta técnica británica fue formidable pues, aparte del número de los nuevos acorazados, es de destacar que en Jutlandia muchos de sus *capital ships* montaban cañones de 343 y 381 mm de calibre, francamente superiores a los máximos de 280 y 300 mm de sus enemigos. Aunque luego, en la prueba del combate, tal superioridad en calibre y peso de proyectil no tuviera las consecuencias esperadas por otros factores no debidamente evaluados, lo que era de esperar en una propuesta tan reciente como revolucionaria.

Fue igualmente una sorpresa el protagonismo inesperado de los submarinos durante la contienda, haciendo buena la frase de Lord Jervis de principios del siglo XIX ante la propuesta de Fulton de que la nueva arma no añadiría nada al poder naval británico y podría comprometerlo, por lo que convenía que no llegara a nacer, profecía que dos guerras mundiales avalan. Las minas submarinas, que habían alcanzado su mayoría de edad en la guerra ruso-japonesa, fueron también un nuevo e importante factor a tener en cuenta. Toda aquella concentración de armamentos llevó a pensar a muchos que la próxima guerra fuera tan terrible que supusiera el fin de la civilización, y bueno es decir que surgieron iniciativas para conjurar ese peligro, estableciendo limitaciones al armamento y su uso, así como intentando renovar y humanizar las leyes y usos de la guerra.

La primera conferencia internacional tuvo lugar en La Haya en 1899, proponiéndose la limitación, temporal al menos, en el crecimiento de ejércitos y flotas y en consiguiente gasto militar; la prohibición de nuevos tipos de explosivos; el bombardeo aéreo desde globos (único medio existente entonces); los torpedos; la aplicación de los Convenios de Ginebra de 1864 sobre trato a los heridos, respeto al personal sanitario, regulación de buques-hospitales, etc.; la inviolabilidad de los buques de rescate; ratificar las leyes y usos de la guerra avanzados por la Conferencia de Ginebra de 1874, y sobre todo, aceptar el uso de los «buenos oficios», la «mediación» y el «arbitraje» como métodos de resolución de conflictos, entre otras muchas cuestiones. Mucho quedó meramente en el papel como declaración de buenas intenciones, por lo que en la siguiente Conferencia de La Haya, en 1907 se insistió, abordando los derechos y deberes de los neutrales, la prohibición de bombardeos navales de ciudades costeras, o cuestiones como el armamento y movilización de buques mercantes y pesqueros, entre otras propuestas.

Pero solo se respetaron algunas de aquellas tan bienintencionadas iniciativas, mientras surgían nuevos medios de destrucción, y lo que es peor, la voluntad de usarlos.

Una desafortunada conducción de la crisis

Como es bien sabido, la causa inmediata del estallido de la Gran Guerra se remonta a la crisis bosnia de 1908, consecuencia del laberinto balcánico. Ante la descomposición del Imperio otomano, alimentada por la rebelión de los «jóvenes turcos» que ansiaban su modernización, Austria-Hungría se anexionó el territorio de Bosnia-Herzegovina, con amplias minorías serbias, ante el enfado y la frustración de aquel país, que lo reclamaba como propio.

Se sucedieron, como ya hemos comentado, la guerra italo-turca y las dos sucesivas balcánicas, la primera todos contra los otomanos, y la segunda entre los vencedores, con una nueva frustración serbia —pese a salir vencedora— por no obtener su deseada salida al Adriático ante la oposición de Austria-Hungría apoyada por Alemania, fiel a la «lealtad nibelunga». La Paz de Bucarest, de agosto de 1913, imponía a unos y otros nuevas fronteras, pero ninguno de los contendientes se sentía satisfecho en absoluto. Nadie lo sabía por entonces, pero faltaba justo un año para el estallido de una guerra mucho más terrible.

En junio de 1914 se produjo la visita del heredero del Imperio, el archiduque Francisco Fernando, a Bosnia-Herzegovina, entre unas sorprendentemente escasas medidas de seguridad, con el resultado de su asesinato en la ciudad de Sarajevo, y al de su esposa, por el activista serbio Gavrilo Princip el 28 de junio.

En aquellos convulsos años eran muy frecuentes los actos terroristas contra altas personalidades; cabe recordar, entre los que consiguieron su propósito, el de la emperatriz Isabel (Sissí), el del presidente americano McKinley, el del presidente Carnot de Francia, el del primer ministro Stolypin en Rusia, el del rey y el príncipe heredero de Portugal y tantos otros, pero en general se habían tomado como derivados de «asuntos internos» y se había procurado «lavar la ropa en casa».

Pero ahora el justamente ofendido Imperio austro-húngaro vio la posibilidad de utilizar la cuestión para aplastar definitivamente a Serbia, aunque no estaba clara su responsabilidad directa en el magnicidio.

Siguió casi un mes de febriles negociaciones, buscando cada cual el apoyo de sus aliados para tomar una iniciativa u otra. Recordar que la mayoría de los líderes europeos estaba entonces de vacaciones en apartados lugares y no con buenas comunicaciones, por lo que las conversaciones y negociaciones adolecieron de tempestividad. Decir que, pese a la leyenda construida posteriormente, no fueron precisamente ni el zar ruso ni los dos káiseres, alemán y austríaco, los más combativos y decididos a la guerra, y que, por el contrario, en repetidas ocasiones intentaron mitigar las posturas más tajantes y agresivas de políticos y diplomáticos. Tampoco los militares, sabedores de que la única movilización posible era la general en cada país y que eso llevaría a la guerra. Y por último, no faltaron decisivas malinterpretaciones, rumores, noticias falsas y mentiras deliberadas. Incluso muchos pensaron que el conflicto se resolvería favorablemente, como tantas veces en el pasado, y que solo sería otra crisis amenazante que se resolvería sin más.

Pero ninguna parte quería «perder la cara», todos aumentaron sus «envites» esperando que el adversario cediera antes de llegar a la lucha, y pensaron que la última bravata conseguiría el triunfo. De hecho, las conversaciones y

consultas se prolongaron casi un mes, pues el 23 de julio solo Viena presentó a Belgrado su ultimátum de 48 horas, exigiendo la participación de su propia policía en la trama terrorista en el territorio de la misma Serbia, entre otras cosas, algo que un estado soberano no podría sino rechazar.

Viena y Belgrado decretaron la movilización, la primera parcial, la segunda general, mientras Rusia decidía la suya, también parcial, el 25 de julio, pese a las mediaciones de unos y otros, llegándose a pensar en una ocupación simbólica del entonces fronterizo Belgrado como castigo, pero sin llegar a la guerra.

El 28 de julio, finalmente Viena declaró la guerra a Belgrado, iniciando como respuesta los rusos su movilización general dos días después, que fue seguida inmediatamente por la alemana, acompañada de un ultimátum al zar a contestar en el corto plazo de 12 horas, que le imponía suspender la movilización rusa, exigiendo la neutralidad de Francia y, de forma abusiva, nada menos que la entrega como garantía de varias fortalezas fronterizas francesas, como Verdún y Toul.

El 1 de agosto el Imperio alemán declaraba la guerra a Rusia, y dos días después a su aliada Francia. El primero de esos días, y de forma preventiva, Churchill, al frente del Almirantazgo, había decretado la movilización de la Royal Navy. Ningún compromiso formal obligaba a Gran Bretaña a luchar en el continente, como dijimos, pero los planes alemanes (el famoso Plan Schlieffen) preveían la invasión de Francia no por la fortificada frontera común, sino violando la neutralidad de Bélgica, que se negó rotundamente a permitir el paso de los ejércitos alemanes. Aquello decidió al Gobierno británico a presentar un ultimátum a Berlín el 4 de agosto, y finalmente Londres y París declararon la guerra a Alemania el 11 y el 12 de agosto.

Aún se producirían incorporaciones a uno y otro bando, singularmente la del Imperio otomano, la primera neutralidad de Italia y sus dudas sobre el bando que mejor pagaría su intervención, los posicionamientos de cada país en los Balcanes, la actitud de Japón, etcétera.

Pero la gran locura había comenzado, y ya no hizo sino prolongarse, endurecerse y extenderse durante más de cinco años. Al final de lo cual, tras millones de muertos, de destrucciones y de riquezas dilapidadas y de la ruina de cuatro imperios —el de Berlín, el de Viena, el de Moscú y el de Estambul—, muchos problemas sin resolverse e incluso agravados, de tal forma que unos veinte años después de la firma de los tratados de paz la guerra volvía a asolar Europa y el mundo. Y aún sería peor.